

Hablar de ella en español me sabe raro - fue mi abuela quien me enseñó a hablar portugués con un montón de palabras raras y antiguas, y a escribir también en ese idioma. El español es esta lengua extranjera, foránea a nuestra relación, aunque sea la lengua que elegí para desempeñarme en todos los demás ámbitos de mi vida. Yo siempre pensé que la escritura fuera mi lenguaje, y el de mi abuela, la pintura. Ella, que había sido la mujer más guapa de su barrio, según me contaron; que se había enamorado a primera vista de mi abuelo, considerablemente menos guapo, y creado con él esta especie de película romántica y humilde, en una ciudad periférica de una región metropolitana costera de un país tercermundista; ella, que no sabía muy bien de donde venía, que llamaba "tierrita" a un lugar donde nunca habría de poner los pies: ella aprendió a pintar no sé cuándo, no sé dónde, no sé por qué, y yo siempre pensé que lo suyo era pintar y lo mío escribir. Escribo desde muy niña y, más que eso, escribo para mi abuela, de alguna manera, hoy y todos estos días cuando pasaba horas buscando imágenes bonitas para ilustrar mis historias y leérselas, para que las imágenes la inspiraran a pintar, y para poder leerle algo a alguien que yo tampoco sabía muy bien cuándo, dónde ni por qué lo aprendí, y pasábamos horas allí, a pesar del dolor de espalda por la edad y la posición ingrata de lectora. La escritura es una lengua que no supe que compartíamos hasta su fallecimiento, cuando mi madre me regaló su cuaderno de poemas de la adolescencia, lo que abrió una puerta para un camino desconocido que no dispongo de la linterna para alumbrar. No tengo ni idea de por qué nunca me dijo que escribía, por qué nunca me enseñó su cuadernito. Lo recibí a los 18 años, sentí que me conocía mucho más que yo a ella, no sólo por el tiempo mismo, sino también en parte por esto: porque me leyó y yo no a ella. Nunca leí su cuaderno, sentía que no podía leer algo que ella, por alguna razón, no quiso compartir conmigo. Es que la relación con la escritura es algo así muy íntimo, y precisamente por eso compartía la mía con ella, porque yo era una extensión suya: cada parte de su cuerpo era mi casa. Mi abuela me enseñó todo, incluso cosas que tuve que desaprender después, y sobre todo me enseñó a ser leída, que por veces es más difícil que aprender a leer.